

Jorge Edwards: "Las Máscaras"

Por IGNACIO VALENTE

La semana pasada, a propósito de una novela representativa, lamentaba yo ciertos excesos entre en del género en Chile: un velar a ras del suelo, una acumulación de pinceladas verdosas y típidas fáciles, un abaraje exterior y casi abstracto de personas y situaciones... En suma, un realismo epifórico que se cierra, otros ingresos más íntimos y específicamente literarios a la realidad: las exploraciones de la imaginación, las experiencias de la palabra, los planteamientos existenciales, todo lo que —a través del verbo y la imagen— realmente la esencia de la realidad dada, para crear narrativamente nuevas posibilidades de ser.

Hay me cambio que este diagnóstico negativo —por fuerza abstruso— pueda en apariencia aplicarse a una obra que, sin embargo, tiene una calidad literaria indudable. Se trata de la última colección de cuentos de Jorge Edwards, editada por Félix Barral bajo el nombre de "Las Máscaras". De estos relatos no puede decirse que sean prodios de fantasía creadora, ni que acudan al peso de situaciones dadas, ni que abren por el lenguaje alguna transfiguración de sus materiales de experiencia. Al contrario, parecen regocijarse de las fuerzas más grises y epifóricas de la realidad dada, para seguirlos con fidelidad exactitud hasta un desenlace intrascendente y cerrado sobre sí mismo.

Sin embargo, dos de estos cuentos son magníficos —el primero y el último—, y los demás tienen todos una altura digna y aun notable, que los sitúa en la cumbre actual de nuestra narrativa. Como consiguen esta calidad, dentro de un esquema que parece empobrecido o aún adormecido?

Sería poco añadir al estilo de Jorge Edwards, a su dominio del ritmo narrativo, del diálogo, del monólogo, de los saltos cronológicos que practica con moderación, de otros recursos semejantes. Con esos solos elementos no se crea de la nada —de casi nada, de pocas situaciones, de planteamientos levisimos, de imprevisiones efímeras, como hizo Edwards— unos cuentos sólidos y sustantivos, que se tienen en pie y viven con vida propia. Hay algo más en su procedimiento.

Me parece que este narrador, a pesar de la apariencia fotográfica y pasiva de su prosa, es en extremo esencial, elusivo, criticado, sugerente. Lejos de estar decorado, sufre atmósfera con economía exactitud. Lejos de agotar apologías humanas, sociales o psicológicas, persigue con sabias pinceladas los rasgos esenciales de un carácter o una relación.

Desde luego, define a las personas a través de su devenir psicológico

—intrínsecamente—, nunca por categorías exteriores o convencionales o ideológicas. Y si se trata de personajes grises y pasivos, esta inercia de su materia humana es creada activamente en el relato, no recibida como un préstamo morfo de la realidad.

Se trata, pues, de una creación medida y estilizada. La tensión del análisis, del pintoresquismo, de la morosidad introspectiva u ornamental, está bien sujeta a una voluntad que sabe lo que quiere en cada cuento. El autor no se cierra de la situación; no abstrae, no generaliza, no prueba ni comprueba. Simplemente desarrolla situaciones; y lo hace en torno a un eje sencillo, un sentimiento, una atmósfera; es un narrador nato.

Hay un rigor de estilo, de control, de selección en estos cuentos. Ellos no están hechos con la dispersión o la evidencia exterior de las cosas dadas; menos aún con la unidad simplificada o irreal de lo abstracto o de lo típico. Están hechos de nada, de lo imponderable de una situación, del halo conductor de una atmósfera; de un grano de arena donde el ojo cede del escritor hacia un mundo: ¿Qué hay detrás de cuentos como "Después de la procesión" o "El orden de las máscaras"? Un clima, un sentimiento, una dequidísima anécdota que es seria nada en sí misma, el margen de su concreto literario, que vive solo en y por su despliegue narrativo.

Para dársele, el autor asume una distancia cerebral y extrema en relación a su materia. No es diálogo, no dramático, no irrumpe en medio de sus creencias. Demuestra exterior, las objetiva y las mueve desde lejos, administrando con frías manos la masa de ironía, de ternura, de temor, de ligereza que su tratamiento literario pide. Esta distancia introduce una moderación muy Chileña, casi griega —pero artísticamente eficaz— en sus relatos.

Jorge Edwards es un narrador no solamente chileno, que ha extremado las ventajas y poco a poco vence los inconvenientes de esta condición. No me refiero, claro está, a ningún idioma exterior, temático o adjetivo, sino a la intimidad de su estilo. Más talento que genio, más observación que fantasía; trabajo serio y profesional; moderación en todo sentido; carencia de extremos, márgenes confiados, como procedimientos de vanguardia e icona; suave suspenso de lo gris, dibujo paciente y eficaz en blanco y negro.

Edwards avanza con seguridad en la correcta destilación artística de estas escenas nucleares, con que otros narradores se envuelven; y prueba que de sus ingredientes más ambiguos y melancólicos puede sacarse también un notable partido literario.

1968

F1 Hecucario
22.X.1968
Santiago

Jorge Edwards: "las máscaras" [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Jorge Edwards: "las máscaras" [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile